

Las posiciones de las iglesias frente a la mujer

Resumen

En este ensayo se da respuesta, desde la perspectiva del feminismo, al documento del Vaticano «Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo». Se examina la posición de la mujer en la tradición cristiana y su culpabilización por medio de las tradiciones eclesiales, mostrando la tendencia de la Iglesia Católica a enfatizar la maternidad como tarea exclusiva de la mujer desconociendo la realidad de la incorporación al mercado de trabajo.

Abstract

This essay provides a response, from the perspective of feminism, to the Vatican document «On the Collaboration between Man and Woman in the Church and the World.» Woman's position in Christian tradition is examined, as well as her culpabilization by means of ecclesial traditions, showing the tendency of the Catholic Church to emphasize maternity as a woman's exclusive task, ignoring the reality of their incorporation to the job market.

Palabras clave: Iglesia Católica, Tradición cristiana, Maternidad y paternidad, Roles masculinos y femeninos, Feminismo, Misoginia

Key words: Catholic Church, Christian tradition, masculine and feminine roles, feminism, misogyny



Las tesis sostenidas en el documento recientemente publicado por el Vaticano, *Sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo*, no son ni mucho menos novedosas o recientes, son por el contrario el fruto de una larga, larguísima historia de culpabilizaciones, marginalizaciones y exclusiones.

Las Escrituras sagradas de nuestras tradiciones religiosas, dan cuenta de un debate interno muy fuerte y profundo sobre los roles masculino y femenino en su formación. Igualmente las escrituras y tradiciones posteriores de las iglesias, recogen este mismo debate en torno a esos mismos papeles en la estructuración y organización de las distintas comunidades eclesiales.

La tradición eclesial cristiana, es deudora por otra parte de la misoginia de los llamados *padres de la Iglesia*, quienes expresaron su temor ante el cuerpo femenino con una condena radical del mismo y con la mitificación de la figura de *Eva*, no como la madre común, sino como la pecadora primera, responsable del mal en el mundo.

En este sentido, este documento hay que mirarlo en su contexto, de manera que esta contextualización permita una valoración más acabada de lo que en él se plantea y de algunas consecuencias especialmente simbólicas que puede tener.

Lugar del discurso

Vale la pena señalar en primer lugar, dónde y cómo se sitúa la Iglesia para hablar. Al iniciar la declaración, la Iglesia se define a sí misma como «*experta en humanidad*». Desde esta posición, se sitúa, en un fuera del mundo y de los procesos históricos en un papel de *juez inapelable*, que determina los valores positivos y negativos de las luchas y conquistas de la humanidad. Considera que posee la única verdad para iluminar reflexiones y búsquedas: «*Se trata de presupuestos*

***Afirmar que
'la mujer existe
por razón
del hombre',
es desconocer
los avances
en las conciencias
de las mujeres
creyentes***

para una recta comprensión de la colaboración activa...»

Parece que la Iglesia Católica que emite el discurso, no es consciente de que nos encontramos en un mundo múltiple y plural, en el cual las diversas voces no «valen» por ninguna autoridad exterior a ellas mismas, sino por la coherencia y capacidad de convicción que puedan desplegar.

La Iglesia Católica no parece haberse dado cuenta de que interlocutar y dialogar con el hombre y la mujer de hoy supone como punto de partida, aceptar la pluralidad de voces y la validez de distintos puntos de vista y miradas. En el mundo actual no hay autoridades *ganadas o heredadas...* la única autoridad se construye en el diálogo y en la aceptación de la pluralidad y de la relatividad de distintos puntos de vista.

Se puede alegar, sin embargo, que la Iglesia habla para creyentes y que en este terreno es imprescindible aceptar su autoridad como única. También aquí nos encontramos con una situación problemática: los y las creyentes de hoy, en su inmensa mayoría, son personas que reclaman para sí la adultez del pensamiento y decisión, viven por otro lado en un mundo que convive con múltiples fundamentalismos, pero los rechaza y no los reconoce.

Los y las creyentes de este siglo XXI, se consideran a sí mismos capaces de realizar su síntesis personal y quieren conocer directamente los fundamentos de sus propias tradiciones. En esta perspectiva, sólo un discurso dialogante puede captar su atención y motivarlos en la aceptación de una guía o un norte que ayude a iluminar sus vidas. Lo contrario lleva a la gran brecha que se ha abierto, entre por un lado, reconocimiento de figuras o de símbolos –como la figura del Papa, por ejemplo- y por otro prácticas éticas muy distintas de lo predicado por esas mismas figuras. En este sentido encontramos contradicciones muy significativas: los mismos jóvenes que aclaman al Papa en sus viajes, en su gran mayoría practican con entera libertad, lo que la iglesia católica llama *relaciones prematrimoniales...* o los mismos industriales y gobernantes que participan activamente en diferentes cultos, propician estructuras y dinámicas de violencia y de muerte.

Por ello, la iglesia, si quiere recuperar su capacidad de comunicación con el mundo actual, lo primero que debe revisar es el *lugar* y el *cómo* de su discurso.

Estamos ante realidades y diálogos en las cuales la puerta de entrada puede abrir o cerrar puertas desde su inicio mismo.

La mujer en la tradición cristiana

El documento pontificio habla de un lugar y un rol, único y específico, de la mujer en las Escrituras y en lo que denomina *antropología bíblica*. Aquí nos encontramos también ante problemas muy complejos. En este estadio de los estudios bíblicos, reconocidos inclusive en el documento de la Pontificia Comisión Bíblica: *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993), ya no podemos desconocer que la revelación bíblica es un tejido y un proceso de palabras, posiciones y tradiciones que se entrecruzan e interpelan unas a otras.

El camino bíblico está habitado por múltiples razas y pueblos que van acrisolando su fe, en medio de avances y retrocesos, de rupturas y encuentros... en los cuales no nos encontramos con comprensiones únicas del ser humano. Más que hablar de *antropología bíblica*, habría que hablar de *miradas antropológicas* y distintas propuestas para el destino de la humanidad.

En medio de este diálogo/debate de propuestas, aparece indiscutiblemente una luz central que poco a poco va llevando hasta la expresión de Dios en Jesús de Nazaret. Esta luz central es antes que nada, una palabra de liberación y plenitud para todos los seres humanos. Es impensable desconocer hoy, la opción clara y firme de Jesús y de algunas corrientes bíblicas, por la liberación plena y realización de la mujer, como ser autónomo. En esa liberación se jugó Jesús bastante de su prestigio y destino personal.

En la práctica de Jesús, en su cercanía, diálogo e interacción con las mujeres, es imposible sustentar, lo propuesto por el documento del Vaticano: «*La mujer en su ser más profundo y originario existe por razón del hombre*». Si bien es cierto que una de las tradiciones del Génesis, puede ser leída en este sentido, el mismo Génesis está atravesado por otra propuesta de radical igualdad entre la pareja humana. Afirmar esto hoy en día, es desconocer los más mínimos avances y rupturas, que en la conciencia de las mujeres creyentes se han realizado y que están en la línea de la propuesta de una gran reconciliación entre los géneros y entre la naturaleza y la cultura.

Esta afirmación es quizás la más problemática del

texto, porque es un punto de partida que al igual que el lugar del discurso, corta de entrada la posibilidad de un camino conjunto hacia *la verdad*. La igualdad ya no puede vivirse hoy como *complementariedad*, sólo puede vivirse como autonomía de seres que caminan en igualdad hacia la libertad.

Con dificultades y muy lentamente, las mujeres creyentes avanzan en las iglesias, hacia su pleno reconocimiento como mujeres, hacia la construcción de sus genealogías y hacia la deconstrucción/construcción de unos imaginarios nuevos que les permitan crecer en conciencia y autoestima, sin perder su condición de mujeres creyentes. En este sentido el documento en mención, aleja a las católicas del resto de sus hermanas cristianas, porque son llamadas a renunciar a convicciones fundamentales que van en contravía de su propio reconocimiento como género y de su propio crecimiento como *sujetos*.

Culpas

Una vez más la declaración del Vaticano, incapaz de reconocer sus propias culpas y temores, proyecta sobre la mujer y sobre sus organizaciones, la culpa de todo el mal que azota el mundo: según el texto en cuestión, la mujer y el feminismo son culpables de la desestructuración de la familia, de la caída o *pérdida* de valores, de la aparente desorientación del mundo postmoderno.

Tampoco es nuevo eso de declarar a la mujer *culpable*. En algunas tradiciones sagradas y eclesiales, en el intento de explicación del mal, en el intento de controlar el poder... la sexualidad y fundamentalmente la mujer y su cuerpo, han sido satanizadas y ubicadas en *un oscuro rincón* del conjunto social. Con ello lo único que se ha logrado, es echar sobre las espaldas de algunos grupos marginalizados, la responsabilidad por fenómenos y hechos, frutos de dinámicas sociales, económicas y simbólicas bien variadas. Esto ha impedido una comprensión real de los males y daños que aquejan a la humanidad.

En este sentido las iglesias y los creyentes deben abrirse definitivamente a una real comprensión de la complejidad del mundo y de la dinámica socio/humana. Esta práctica de echar la culpa a otros/as nos lleva a posiciones fundamentalistas, como las practicadas por el equipo de gobierno norteamericano, en una pro-

puesta que puede tener muchas similitudes con lo planteado por la iglesia católica sobre el feminismo. Muestra de ello, son las palabras de Jerry Falwell, en la ceremonia religiosa del 13 de Septiembre de 2001:

Yo creo que los paganos, los abortistas, los feministas, los homosexuales y las lesbianas, quienes están activamente tratando de hacer de sus prácticas un estilo de vida alternativo, además de la gente de la Unión de Libertades civiles de América (ACLU), la gente de People for the American Way, y todos aquellos que han tratado de secularizar a Estados Unidos, yo los señalo a la cara y les digo que ellos han ayudado a que todo esto (los atentados del 11 de Septiembre) suceda. Habiendo expulsado a Dios del tapete público y habiendo expulsado a Dios de nuestras escuelas públicas, los abortistas tienen que cargar con una parte de la carga, porque Dios no será burlado¹.

Nos encontramos con similares cargas de intolerancia, que no se acomodan a los procesos inclusive religiosos que quieren vivir nuestras formaciones sociales en sus aspectos más positivos.

El deseo y la búsqueda de la liberación por parte de diferentes grupos, deseo auténtico y legítimo, es culpabilizado intentando frenarlo y despotenciarlo.

Paternidad/maternidad

Mirando un poco más allá y deteniéndonos en algunos detalles, nos encontramos con algo que me resulta altamente alarmante: en las iglesias, especialmente la católica, se ha desarrollado hasta los límites una reflexión pastoral en torno a la *maternidad*. La imagen de la *virgen/madre*, se ha exaltado y se han realizado y realiza el documento, toda suerte de reflexiones, indicaciones y motivaciones sobre los *deberes* de la maternidad, no sobre sus placeres. El que no se profundice en aspectos de la maternidad que vayan más allá de los *deberes* es normal, por cuanto se trata

de reflexiones realizadas por varones – no padres.

Sin embargo resulta extraño, por decir lo menos, que en una tradición en la que se ha designado prioritariamente a Dios, como *padre*, no se haya construido una propuesta teológica y pastoral, que permita una comprensión más cabal de la experiencia del *ÜââÜ* que vivenció y propuso Jesús de Nazaret y que no tiene nada que ver con la figura, la autoridad y la ley del *pater-familia*, entramado en el que se sustenta el sistema patriarcal.

El documento del Vaticano, insiste en la necesidad de que las sociedades modernas se organicen, de manera que den a las mujeres tiempo para compaginar su trabajo profesional con su ejercicio de *madres de familia*. Las iglesias en general han cargado sobre los hombros de las mujeres toda la responsabilidad de nutrir y organizar las familias. En este sentido el texto afirma que la culpa de la crisis de la institución familiar es el que la mujer trabaje fuera de casa y pretenda vivir *para sí*, realizándose como persona, cosa que es por otro lado la vocación fundamental y el llamado divino de... y a... todo ser humano.

Llama la atención el que no se sea capaz de afrontar la crisis de la familia más en la raíz y el que no se plantee una propuesta de desarrollar una *maternidad* y paternidad alternativas, en el que el hombre y la mujer se encuentren, más allá de sus diferencias de género, en una tarea que en el 100% les es *común*. En este sentido el llamado a las sociedades no tendría que ser, que se organicen para que hagan posible un ejercicio tradicional de la maternidad, sino que se organicen para que permitan unas prácticas alternativas de la *pater-nidad* y la maternidad.

No es posible seguir propiciando el desentendimiento por parte del varón de todos los aspectos de la vida cotidiana, relacional y familiar.

¹Tomado de: Jaume Botey Vallés, *El Dios de Bush*. Barcelona. Cuadernos de Cristianismo y Justicia, Julio 2004.

A manera de conclusión

Habría muchos otros aspectos a destacar y profundizar en esta comunicación del Vaticano, pero la verdad es que considero que su incidencia en los procesos sociales de la *aldea global*, serán pocos. Lo que sí es y podrá ser mucho más de lamentar, es la incidencia que estas posturas de la curia romana puedan llegar a tener en la vida de las mujeres pobres, en el retraso de sus procesos de liberación, en la merma de su autoestima... en la insistencia en la comprensión de sus destino como *seres para...* y no como *seres en sí*, llamadas por Dios a la felicidad, al crecimiento, a la realización, al amor pleno... a la plenitud de derechos.

Ojalá que no sea demasiado tarde, para la preservación y transmisión de nuestros valiosos patrimonios simbólicos y religiosos, el día en que las iglesias reconozcan e intenten corregir su equivocación radical, respecto a la naturaleza, destino, vocación y papel de la mujer en el cosmos, en la historia y en las comunidades eclesiales.

Carmiña Navia Velasco

Escuela de Literatura
Grupo Género Literatura y Discurso
Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad
Universidad del Valle

Bibliografía

BOTEY, Vallés Jaime. *El Dios de Bush*. Barcelona: Cuadernos de Cristianismo y Justicia, 2004.

